

# La fibra de la pintura

Jaime Luis  
Martín



**Alfredo Díaz-Faes Rojo**

Galería Amaga, del 28 de  
septiembre al 31 de octubre

La pintura de Alfredo Díaz-Faes (Oviedo, 1960), autodidacta, aunque asistió durante un tiempo al Taller Experimental de Humberto y lleva exponiendo de forma individual desde hace dos décadas, se caracteriza por una enorme honestidad y un no menor esfuerzo por experimentar con las posibilidades de la fibra de vidrio, que “aplicada con delicadeza y gran pericia técnica, en obras –como expresó Ana María Fernández en el texto para la galería Orfila (2016)– sonsan su infinita riqueza de mati-

ces y posibilidades visuales”, en un proceso al que se refiere Arthur C. Danto en “Abstracción” que lleva al abandono de la realidad que vemos con nuestros ojos y como consecuencia a la “despictorialización” que caracterizó a las vanguardias. Viene esto a propósito de los últimos trabajos de Díaz-Faes en los que despliega un paisaje informal y barroco con más fuerzas y pliegues que sus puzzles de color que tanto recordaban a Paul Klee.

La pintura vivida no solo como una experiencia plástica sino personal, corporal, máxime en las obras de gran formato en las que el artista se pelea con el espacio y van quedando las huellas, las espesuras, las densidades, los destellos, los deslumbramientos lumínicos, las zonas más transitorias, las de menos intensidad, las oscuras con más pesadez superponiendo capa sobre capa frente a la ligereza de otras superficies aligeradas y



Una mujer observa dos cuadros de la exposición. | MARÍA VILLAMUZA

transparentes, las distintas atmósferas: lírica, romántica, dramática. Masas, movimientos, manchas, restos figurativos o geométricos que se adivinan como un gesto solidificado, como

un sentimiento encarnado, metáfora de la corporeidad de la pintura. Ahí están los silencios pero, también un refulgir cromático, sin estridencias, vaporoso, aire pictórico frente a la tensión

que imprime la fibra. Y las sensaciones que evocan los colores del agua, del otoño, colores que se intuyen, indeterminados, de tormentas, de bosques, de sueños, de fondos acuosos, los azules, los verdes, los marrones, un cromatismo sugerente e insinuante, a veces intempestivo y, en ocasiones, sosegado. En realidad nos encontramos ante unos paisajes que funcionan como “impresiones lumínicas”, bien sean aquellos más acuáticos o los que se resuelven mediante luces terrosas, aportando una mirada personal y sincera, un encuentro entre la liviandad y la solidez.

Pero en esta abstracción la materia tiene una gran importancia, la pintura se materializa, se vuelve piel de fibra de vidrio, una belleza que nos tienta a tocarla con la promesa de nuevas sensaciones, aunque sepamos que se ha acabado el tiempo de la utopía y la ilusión pictórica y solo resta una realidad líquida que se nos va de entre las manos.